



# Escorzo de la Batalla de Pichincha

LA HISTORIA DE UN PUEBLO ES LA BIOGRAFIA DE SU LIBERTAD

Entre las jornadas rutilantes de la emancipación indoamericana figura con perfiles nítidos y heroicos la Batalla de Pichincha, librada el 24 de mayo de 1822 en las faldas del volcán del mismo nombre, en uno de los ángulos eminentes de la ciudad de Quito. Allí se escribió con sangre americana y española uno de los capítulos fundamentales de la biografía de nuestro pueblo.

Como en otras latitudes del continente, ya se habían producido por cierto en Quito, en épocas precedentes, movimientos políticos y luchas anunciadoras del ímpetu libertario. Se recuerdan en la misma antigua Presidencia de Quito tres hechos primordiales: la rebelión de los encomendados (1544-1548), protagonizada por Gonzalo Pizarro; la popular rebelión de las alcabalas (1592-1593); y la revolución de los estancos (1765), que estallara de modo concomitante con movimientos análogos de otras provincias hispanoamericanas. Estas y otras manifestaciones subversivas suscitaron la visionaria agudeza política del Conde de Aranda, Ministro del Rey Carlos III, quien previó la inevitable emancipación de las posesiones españolas, lo que le llevó a aconsejar al monarca, a fines del siglo XVIII, a dividir tales posesiones en tres grandes virreinos tributarios y modificar, en el fondo, el régimen colonial. "La América meridional —decía— se nos irá de las manos, y ya que hubiere de suceder, mejor será un cambio que nada".

Los anhelos de autonomía, sin embargo, no habrán de concretarse sino con la preclara insurrección de un criollo singular, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, precursor e ideólogo de la emancipación (1747-1795). Mestizo de condición humilde, cabal exponente de la nueva raza cósmica, venció con el linaje de su talento las limitaciones del medio circundante y la urdimbre de oscuros prejuicios. Médico y abogado, doctor en varias disciplinas, Espejo escribió copiosamente sobre medicina, derecho, literatura, filosofía, salud, cuestiones sociales, etc. Inflamó con el fuego de sus ideas el ambiente de su época y le señaló a su pueblo el iluminado sendero de la libertad. Fruto de la campaña idealista de este Quijote andino fue el pronunciamiento quiteño del 10 de agosto de 1809, primer grito de independencia en hispanoamérica.

El movimiento revolucionario de 1809 y la consiguiente integración de una Junta Soberana de Gobierno no culminaron, sin embargo, en la independencia definitiva. El 2 de agosto de 1810, en acción represiva con ribetes de barbarie, los españoles masacraron a los patriotas y ahogaron en sangre ulteriores resistencias. De manera que el pueblo de la Presidencia de Quito hubo de esperar la hora de su liberación hasta el 24 de mayo de 1822, cuando en la Batalla de Pichincha se rompieron para siempre las cadenas de la opresión.

La marcha sobre Quito se inició en enero de 1822 a raíz de la decisión de concentrar en Cuenca las fuerzas que desde la costa traía el General Antonio José de Sucre y la División comandada por el Coronel Santa Cruz, que partió desde Piura por disposición del General San Martín. Los ejércitos patriotas ocuparon la ciudad de Cuenca, el 21 de febrero, y la abandonaron poco después para proseguir su avance denodado a Quito, entre alternativas cruentas de éxitos y fracasos, cuya relación circunstanciada excede los límites de esta breve crónica. Importa recordar esto sí que en la mañana del 23 de mayo los contingentes comandados por Sucre, el General en jefe, acamparon en Chillogallo, población vecina de Quito. Los españoles, por su parte, se había replegado paulatinamente, en procura de seguras y ventajosas posiciones para el combate, ocupando los puntos estratégicos de la capital. Para utilizar con eficacia el poder de su caballería, Sucre di-

señó la estrategia de librar combate con los españoles en Ifaquito, planicie al norte de la ciudad donde a mediados del siglo XVI se midieron en desigual batalla Gonzalo Pizarro y el Virrey Blasco Núñez de Vela, quien no sólo perdió la contienda sino su cabeza: Pizarro dispuso la decapitación del vencido. Llegar a ese sitio suponía, empero, romper el sólido cerco español que se interponía en las vías de acceso o sortearlo a través de las escarpadas breñas del Pichincha, que domina el costado occidental de la ciudad. El próximo arribo de refuerzos para las huestes ibéricas, que podrían dar al traste con las esperanzas de los patriotas, impelía a Sucre a tomar una determinación sin tardanza. Dispuso la marcha de las tropas, en las primeras horas de la noche, franqueando las estribaciones de la enorme montaña.

Al clarear el alba del día 24 de mayo, los españoles se percataron de la maniobra del General Sucre y se lanzaron a la tarea de interceptarles el paso a las tropas que querían alcanzar el Ejido Norte.

Para ello escogieron la ruta más accesible, situada en los contornos del viejo convento de San Diego. A medida que los soldados realistas ascendían por las laderas del coloso andino la inminencia de la batalla se tornaba patente y angustiosa para la población quiteña, que observaba claramente el desarrollo de los acontecimientos, con la torturante expectativa y la secreta esperanza de quien asiste al desenlace de su propio destino. Cuando tomaron contacto los dos bandos, sólo se escuchó la voz letal y atronadora del cañón, el paso febril de la muerte, el eco de mil dolores e imprecaciones.

En Pichincha pelearon bravamente soldados de diversas latitudes del Continente sudamericano, enlazados por un ideal común. La historia recuerda a las siguientes unidades combatientes: "Yahuachi", "Alto Magdalena", "Paya", "Albión", "Trujillo", "Piura", "Dragones", "Granaderos", "Cazadores". Sus principales conductores: Generales Antonio José de Sucre y José Mires; Coroneles Córdoba, O'Leary, Morales, Santa Cruz, Olazábal, Ibarra, Urdaneta, Ortega; Tenientes Coroneles Leal, Mackintosh, Rash, Sánchez, Lavallo, Villa.

Caso singular de heroísmo fue el del Teniente Abdón Calderón, oriundo de Cuenca. Su comportamiento temerario al mando de la Tercera Compañía del Batallón Yaguachi hizo que recibiera cuatro gravísimas y mortales heridas. Es paradigma y enseñanza de valor para la juventud ecuatoriana y para todos los hombres que aman la libertad. Cuando Simón Bolívar se enteró del ejemplar sacrificio del joven Calderón, dictó una Orden General por la cual: 1o. a la Tercera Compañía del Batallón Yaguachi no se le pusiera en adelante otro Capitán; y, 2o. que siempre pasara revista en ella como vivo el Capitán Calderón, y que en las Revistas de Comisario, cuando fuese llamado por su nombre, toda la Compañía respondiera: "Murió gloriosamente en Pichincha pero vive en nuestros corazones". Muy justa la disposición del Libertador y admirable por su contenido. Es que Calderón murió por la libertad, pero nació para la gloria. O como diría Unamuno: ahí donde está el sepulcro, ahí está la cuna ...

La Batalla de Pichincha, además de su abolengo histórico como jornada de libertad, tuvo el mérito de afianzar las conquistas alcanzadas en Boyacá y Carabobo para la emancipación sudamericana, a la vez que abrió el camino a la victoria de Ayacucho, que sellaría el proceso emancipador y cubriría de gloria al Mariscal Antonio José de Sucre.